

# Fe, esperanza y amor

por Edgar Moros Ruano

Nuestra era es la edad de la ciencia y, por tanto, para muchos, ya no hay cabida para cuestiones intangibles, sin referente empírico, tales como la fe, la esperanza y el amor.

Pero ¿será cierto este supuesto? Vale la pena examinar este asunto, ya que sin fe tampoco hay esperanza y sin fe ni esperanza es imposible amar y sin estas realidades aparentemente intangibles la vida humana queda grandemente empobrecida.

En primer lugar hay que reconocer que la humanidad en general, en nuestro día, pareciera estar acercándose con fuerza a toda suerte de creencias y formas de espiritualidad. Están surgiendo nuevas formas religiosas, sectas y cultos; éstos parecieran crecer y multiplicarse vertiginosamente. Existe por parte de estas expresiones de religiosidad una especie de rechazo o desdén hacia la mentalidad científicista o tecnocrática de nuestra época.

En segundo lugar, es necesario señalar que la mentalidad científica auténtica no es enemiga de la fe. Se puede ser un científico o tecnólogo y a la vez ser un hombre o mujer de fe.

En tercer lugar habría que reconocer que las religiones tradicionales, detentoras hasta hace poco tiempo del control hegemónico de la fe, están siendo cuestionadas hoy en día. Este último es un complejo fenómeno que no podemos analizar en estas cortas líneas, pero ciertamente se puede señalar que aun bajo cuestionamiento, las religiones tradicionales están muy lejos de desaparecer de la faz de la tierra.

Subyaciendo a las religiones e iglesias, a los cultos y sectas y, fundamentando a todo fenómeno religioso, se encuentran la fe y la experiencia religiosa. Si bien las religiones son expresiones culturales, la fe parece estar presente en el ser humano en todas las culturas y en todas las épocas. Ciertamente la fe no es a-histórica, pero tampoco es un mero fenómeno meramente cultural o social.

Nos equivocamos si identificamos a la fe con las creencias, dogmas o doctrinas de determinada iglesia. La fe no es fundamentalmente el asentimiento a los dogmas, ni la mera aceptación de verdades reveladas. En la Biblia la fe es fundamentalmente **confianza** en Dios; confianza en la persona del divino Maestro, para el Nuevo Testamento; confianza en el amor consola-

dor y providente del Dios trino. Esta confianza es una vivencia, que involucra a toda la persona: sus emociones y sentimientos, su voluntad, su intelecto.

Don Miguel de Unamuno criticaba a aquellos que meramente tienen lo que él llamaba "la fe del carbón", que es un mero asentir a supuestas verdades enseñadas por teólogos, obispos o papas; por la Madre Iglesia. Otra cosa muy distinta es la fe que se lanza en búsqueda de entendimiento; la fe que necesita saber además de creer, que es el impulso teológico.

El libro a los Hebreos señala que "la fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve". La sabiduría popular reconoce que los seres humanos no vivimos sólo de pan, sino de estas cosas aparentemente intangibles. Así, el dicho popular afirma que "lo último que se pierde es la esperanza", significando que en la vida es necesario tener esperanza.

Se pudiera pensar que cuestiones tales como "la esperanza" son ilusorias o meros sueños de mentalidades llenas de imaginación o algo místicas. Pero no es así. Nada menos que un supuesto materialista como lo es el filósofo marxista Ernst Bloch, escribió un enjundioso tratado sobre "el principio esperanza", principio que insufla y motiva las acciones de los seres humanos y los lleva a luchar por un mundo mejor. En nuestro propio tiempo hemos sido testigos de la realidad de la esperanza, en situaciones como la de los pueblos centroamericanos, inmersos en guerras fratricidas, en las cuales aparentemente se pierden todas las posesiones materiales: casa, tierras, trabajo; igualmente se pierde a los seres queridos y a los amigos ya que la muerte parece rondar por doquier. Con todo, los pueblos centroamericanos no pierden la esperanza en el Dios de los pobres, no pierden la esperanza en el Dios de la vida ni en el triunfo de la vida sobre la destrucción y la muerte; no pierden la esperanza en un futuro mejor.

Sin fe es difícil tener esperanza cuando todo parece cercarnos para destruirnos; ciertamente "la fe es la certeza de lo que se espera". Si bien la esperanza, el esperar sin desesperar, adquiere su certeza en la fe, no es idéntica a la fe. La esperanza es un punto de partida y clave para la comprensión de la fe.

El teólogo protestante alemán, Jürgen Moltmann publicó en 1965 un libro titulado *Teología de la esperan-*

za, obra seminal para el mundo cristiano, protestante como católico, donde llamó la atención a la verdad bíblica de que Dios es el Dios de la esperanza, un Dios futurista que nos llama al peregrinaje y la marcha hacia adelante como especie humana. La esperanza en las promesas de Yavé le dio forma a la fe del pueblo de Israel y fortaleció y maduró esa fe. La esperanza en la plena realización del Reino de Dios--mensaje central de Jesús de Nazaret--le da contenido y fortaleza a la fe de los cristianos.

El "principio esperanza" tiene carácter proyectivo, futurista y permite que los seres humanos trasciendan el momento presente y, de hecho, permite que el momento presente no esté lleno de pesimismo y desesperanza. Si bien es cierto que los escapismos son negativos, es igualmente negativo el vivir meramente para el presente, sin conciencia del devenir histórico, sin proyección futurista. La esperanza tiene que insuflar a los individuos y a los pueblos. Cuando no hay visión de un futuro mejor, del logro de una sociedad más humanizada, se ha perdido lo último: la esperanza.

El "amor" es una de las palabras utilizadas con mayor frecuencia entre nosotros. Sin embargo, con esa palabra significamos una gran diversidad de sentidos y realidades. Hablamos del "amor de madre" como uno de los sentimientos y realidades más sublimes de que es capaz el género humano, pero también leemos a menudo en las páginas amarillas, de crímenes cometidos "por amor". Ocurre, que en nuestra lengua castellana utilizamos la palabra "amor" para designar diversas realidades. Por el contrario, en otros idiomas, como en el griego, se utilizan diferentes palabras para designar el amor filial, el amor erótico y el amor a lo divino; debido a la mayor pobreza de nuestro idioma todos estos conceptos son traducidos como "amor".

En el Nuevo Testamento aparece el "*agape*", concepto que ha sido traducido como "amor" o "caridad", el cual denota una realidad fundamental para la vida humana. No es exactamente el deseo "erótico" o amor carnal; tampoco es idéntico al amor entre madre e hijo o entre hermano y hermano; puede incorporar lo erótico y lo filial, pero va más allá de éstos. El "*agape*" es la realidad más fundamental que puede darse entre Dios y los seres humanos y, entre los seres humanos entre sí. Según el Nuevo Testamento, "Dios es *agape*":

energía creadora y transformadora; poder que supera toda alienación; fuerza que une lo que ha sido separado por el odio, la incompreensión y el egoísmo. Cuando Dios nos imparte su amor y éste controla nuestros corazones y nuestras mentes, nuestros pensamientos y acciones vienen a ser regidos por la solidaridad, la compasión, la justicia, la paz, la benignidad y otros atributos que constituyen una nueva forma de existencia.

Este modo de existencia sólo ocurre cuando los seres humanos viven en comunión con Dios; todas las relaciones entre los seres humanos son transformadas y humanizadas y la vida humana adquiere un valor supremo. Es lamentable que tengamos que designar esta hermosa realidad con una palabra que se ha tornado tan ambigua en el idioma castellano. Esta es una de las razones por las que el "*agape*" es casi desconocido entre nosotros. Sin embargo, no es la única razón. Cuando los seres humanos se dejan dominar por el odio, el egoísmo, la envidia, la injusticia, la corrupción, la falta de solidaridad para con los demás, se les hace imposible captar el significado del "*agape*".

La palabra "*agape*" ha sido traducida como "caridad", por vía de su equivalente "charitas", en latín. En algunos casos la "caridad" transmite bien el sentido de "*agape*", pero en otros lo espiritualiza demasiado; lamentablemente en el uso popular, la caridad ha venido a significar "lástima", "conmiseración", "lo que se da como limosna"; estos significados tienden a oscurecer u ocultar la realidad transformadora e innovadora del *agape*. No hay cosa que necesitemos más hoy en día, que el verdadero amor, el "*agape*", ya que éste "todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta" y "nunca deja de ser" (I Co. 13:7-8).

Fe, esperanza y amor están estrechamente vinculados en la enseñanza bíblica. La verdadera fe se traduce en obras de amor y de justicia. Aquellos que supuestamente viven por fe, sobreabundan en su entrega a los demás, por amor. De hecho, la fe crece y se desarrolla en la práctica de la justicia y del amor, tanto como en la oración y en la contemplación. Por fe vivimos en este mundo tan lleno de incertidumbres. Quien carece de fe, carece de esperanza y está muerto en vida porque es incapaz de amar y de recibir el amor de los demás.